un poco su corazón, no se atrevió á moverse y cerró los ojos para que no supiese que le había sorprendido y para no ofender el pudor de sentimientos nacientes, cuyo primer símbolo algo tímido era esta genuflexión...

Que la oración reciba su fuerza real de la fuente infinita de todo amor y de toda voluntad, como lo enseña la fe, ó que se expliquen sus resultados, como los psicólogos contemporáneos, por un simple fenómeno de autosugestión, es lo cierto que fortalece y estira las fibras de nuestra energía íntima de una manera singular y nos da una fuerza de sufrimiento que ni siquiera sospechábamos. Tal le sucedió á Juan Monnerón cuando se encontró al día siguiente de esta noche aciaga, y á eso de las diez y media de la mañana, en el piso de la calle Claude Bernard, delante de su padre. He aquí en qué condiciones : — El doctor Graux había llegado á la calle de Estrées muy temprano, como se había convenido, para ver el traslado de Julia y su instalación en la casa religiosa de las Agustinas, y había procedido en presencia del hermano á un nuevo reconocimiento de la herida, y emitido un pronóstico tranquilizador. La bala había seguido la línea diagnosticada la víspera. Como no estaba interesado ningún órgano esencial, en seguida intentó y logró la extracción. En este intervalo y por consejo del médico, el joven envió cuatro letras á sus padres por medio de un mandadero, dándoles de la joven las noticias más satisfactorias, y diciendo que, á pesar de eso, no podría recibir más que á una persona sola, después de las diez. Hasta este momento no se había separado de su hermana, y un poco antes de las diez se retiró al locutorio. Esperaba que la primera persona que aprovecharía este permiso sería su padre ; pero vió llegar á su madre. Ésta, con su ímpetu meridional,

prorrumpió en seguida en exclamaciones acerca de sus inquietudes de la víspera, y luego en preguntas interrumpidas felizmente por la llegada del doctor Graux. El médico la introdujo donde estaba su hija prohibiéndole que hiciese hablar á la enferma, y mientras tanto se marchó Juan decidido á aprovechar esta ocasión para hablar á fondo con su padre. En casa encontró al profesor que acababa de entrar del liceo. Hay algo del soldado en todo verdadero profesor, aunque sea un enemigo declarado de los pretorianos, como éste, y un partidario tan convencido del antiguo programa resumido en la tribuna por un célebre universitario republicano : « un ejército de ciudadanos que no tengan el espíritu militar en ningún grado... » En su exactitud en ejecutar la consigna con una puntualidad que no admitía ningún compromiso, el padre de Julia había asistido esa mañana á su clase del liceo Luis el Grande, donde debía dar una conferencia, y en efecto la dió. Había interrogado á sus discípulos y dirigido una explicación de textos, como si no tuviera la desesperación en el corazón á causa de esta doble catástrofe : su hijo mayor despedido de su administración por una falsificación y por un robo y su hija herida en circunstancias que creía debidas á la casualidad, según había dicho el doctor Graux. ¿ Y cómo dejaría de estar mortalmente inquieto sobre la gravedad de la herida ?... Por lo que hacía á su hijo, ¡ ay ! ya sabía á qué atenerse. La revelación se había verificado sencillamente : El señor Berthier, después de haber perdonado á Antonio, como hemos dicho, seguía muy preocupado con este asunto, y había interrogado á los otros empleados. Uno de ellos le había contado que Antonio frecuentaba una cortesana muy elegante, llamada Án-

gela d'Azay, — el imbécil no hubiera sido completo si á más de vicioso no hubiese sido vanidoso y fatuo. — Berthier había sabido también que el joven jugaba á las carreras mucho dinero, y esto despertó sus dudas sobre la veracidad de un sujeto que ya era culpable de gran indelicadeza. ¿ Esta historia Montborón sería exacta? El jefe de la oficina del *Grand Comptoir* se valió de una estratagema : tomó una fotografía de Antonio que éste le había dado en sus tiempos de favor, y fué á la oficina del *Crédito departamental*, donde tenía crédito el supeusto Montborón. Allí, so pretexto de prevenir al director contra un peligroso aventurero, le había enseñado este retrato, y él le había reconocido. Antonio y Montborón eran una misma persona. En su indignación por haber sido burlado con tal audacia, Berthier había obligado al falsario á presentar su dimisión. Esto había ocurrido el miércoles á las once, y á las dos se presentó Berthier en casa de José Monnerón. El resto estaba referido exactamente en la carta que el estafador había enviado en seguida á Rumesnil. La irreprochable probidad del profesor se había sublevado contra la infamia de su hijo, y ciego de cólera, le había maldecido y echado de casa sin querer oir ninguna explicación. Estos hombres abstractos que pasan por bondadosos, tienen estos rigores implacables cuando se deciden á castigar. El justiciero de la familia se había negado también á escuchar las quejas de su mujer, hablando como amo que no admite discusión. Para Juan, que conocía cada uno de los cambios de esta fisonomía, la primera mirada le reveló cuánto había sufrido el pobre hombre. La agonía moral estaba visible en el ceño de esta cara demacrada, en esta boca temblorosa, sobre todo en estos ojos, cuyo azul, tan tierno de ordinario, despedía un brillo

de fiebre, fijo y duro. Los gestos convulsivos, apenas dominados, denunciaban también el exceso del dolor.

El profesor estaba en su despacho cuando llegó Juan, yendo y viniendo con paso agitado, dispuesto á ir á la casa de enfermos donde estaba Julia, si su mujer tardaba en volver. De acuerdo con la carta recibida por la mañana, los dos esposos habían convenido en que ella iría á esta primer visita y volvería en seguida á darle cuenta. ¡ Cómo tardaba !... Durante esta crisis en que su espíritu de quimera y de optimismo se veía obligado á sufrir la acerba mordedura de los hechos, José Monnerón encontraba sin embargo el medio de permanecer tal cual era : su deplorable irrealismo y su admirable pureza de conciencia se manifestaban á la vez por el predominio que ejercía en él, en este momento, la inquietud que le causaba Antonio. El accidente de su hija, esta herida extraordinaria que hubiera debido empezar á despertar sus sospechas, era una desgracia de orden simplemente físico. Que un loco escapado de un manicomio dispare en la calle tiros de revólver, es cosa que sucede todos los días. El padre admitía esta posibilidad sin criticarla. Ni criticaba tampoco la casualidad más extraña aún de que Juan se hubiese encontrado allí, exactamente á tiempo para cuidar á su hermana. Su mujer y él habían creído la relación del doctor Graux con una docilidad asombrada, por estar ambos como locos con la idea de su hijo mayor, — la madre porque le amaba con esa pasión maternal instintiva, animal, dispuesta á todas las indulgencias lo mismo que á todas las complicidades ; — el padre, porque hubiera preferido, en la salvaje delicadeza de su naturaleza tan intacta y tan exenta de vicios, ver muerto á uno de sus hijos antes que deshonrado. Este es el sentimiento que dejó ver á

Juan cuando entró en el despacho donde habían leído juntos, pocos días antes, el pasaje de Esquilo sobre Elena : *Alma serena como la calma de los mares...* y la estrofa sobre Menelao abandonado entre las hermosas estatuas *que no tienen ojos para mirar y consolar*. Los mejores libros de los más ilustres escritores se parecen á esas estatuas cuando se sufre mucho, pues tampoco tienen voz para hablar, ni palabras que pueda recibir el corazón. El desgraciado humanista estaba en uno de esos instantes en que el encanto literario está abolido. ¿ Le volvería ahora á encontrar jamás ? ¿ Llegaría á ser un día el hombre que su hijo preferido había visto tantas veces, interponiendo entre su destino y él, el magnífico velo de la poesía griega y latina? ¿ Encontraría la fuerza de « cerrar los ojos intelectualmente, » como había dicho Juan en su conversación con Ferrand? ¿ El « consolador » trataría de prolongar por lo menos una de sus ilusiones que aún no había podido ser desvanecida, sobre la aventura de Julia? Ni siquiera sintió por un instante esa tentación. Cierto que sufría cruelmente de ver á su padre en este estado de desesperación. Le parecía horrible pensar que le iba á dar un golpe más mortal todavía, diciéndole la verdad sobre su hermana. Pero sentía que era su obligación absoluta, como hijo, no ocultar la verdad al jefe de familia, en horas tan trágicas como solemnes. El padre era quien debía decidir del porvenir de su hija, y el hijo no tenía el derecho de impedir que ejerciese esta magistratura paterna grabada en la piedra misma del hogar.

— ¿ Y qué? le preguntó el profesor ; ¿ has visto á tu madre ? ¿ Cómo está Julia ?

— Tan bien como es posible, respondió Juan. He dejado á mamá á su lado. Esta mañana han extraído

la bala... Y en pocas palabras explicó la naturaleza superficial de la herida y las razones que el doctor Graux tenía para creer que curaría pronto.

— ¡ Ah, qué peso me quitas de encima, exclamó José Monnerón. ¡ Saber que se hallaba en peligro y en este momento, era demasiado duro ! Tú ignoras aún la desgracia que nos agobia, mi pobre Juan. Tu hermano Antonio...

— Le has echado de casa, interrumpió el hijo afectuoso, que, á punto de causar gran pena á su padre, no quería prolongar la espera, pero sí ahorrarle esta inútil y penosa relación. Lo sé y sé tambien por qué...

— ¿ Le has visto ? preguntó el profesor sin poder reprimir su ansiedad.

— No ; pero he leído una carta en que cuenta la escena que han tenido ustedes, y pedía que le prestaran dinero...

— ¿ Una carta donde cuenta esta escena ?... repitió el padre ¿ Y en que pedía dinero ? ¡ Ah ! ¡ Qué imprudencia ! ¿ Pero á quién ?...

— Á Rumesnil.

— Espero que Rumesnil no se lo habrá prestado, y supongo que tú mismo se lo habrás impedido. Es preciso que le vuelvas á ver y que insistas en mi nombre para que tu amigo no le dé jamás dinero, jamás aunque sepa que se está muriendo de hambre. Quiero que Antonio sepa lo que es buscar la *madre gallega*... Dame tu palabra ; sé que hoy mismo verás á Rumesnil...

— Á Rumesnil no le veré ni hoy ni nunca, respondió Juan. Había encontrado una coyuntara para decir en seguida lo que tenía que decir, y á pesar de ver la estupefacción de su padre, continuó : No, jamás. Antonio es un falsario y un ladrón. Eso es horrible. Pero no es nada comparado con lo que ha hecho Rumesnil...

El docteur Graux te ha mentido, padre. Es decir, ha tenido que mentir, porque era preciso no atormentarlos á ustedes, ni menos á Julia, que no hubiera soportado, en el estado que estaba ayer, que la trajesen aquí, ni verlos á ustedes. Pero yo no mentiré... Julia no ha sido víctima de un accidente, sino que ha querido suicidarse después de haber intentado matar á Rumesnil. Éste tiene una herida en la mano. En cuanto á la de Julia, ya te he dicho su estado. El culpable, el criminal es él, que es su amante, que la ha seducido. Julia está en cinta. Rumesnil se ha negado á casarse con ella, y le ha propuesto un aborto... La indignación y la desesperación la habían vuelto loca. Ha querido vengarse y morir... Ahora, ya sabes toda la verdad...

— ¡ Mi hija, exclamó José Monneron, mi hija ha hecho eso ! ¡ Mi hija, un amante ! ¡ Mi hija, en cinta! ¡ Mi hija !... ¡ Mi...! Una tentativa de asesinato !... ¡ Un suicidio !... Vamos, he entendido mal, eso no es posible... Y el infeliz se llevó las manos á la frente con un ademán de arrebato... ¡ Juan, mi querido Juan, dime que eso no es verdad !...

— Es tan cierto como que estoy aquí, dijo el joven. El drama ocurrió ayer á eso de las seis de la tarde en la calle de Estrées en una habitación donde tenían sus citas. Rumesnil ha tenido un resto de honor : ha contado al médico que había sido herido por casualidad al intentar arrancar á Julia el arma. Él mismo mandó á buscarme á la *Unión Tolstoi* donde me encontraba. Julia me ha referido la escena. El resto, hace tiempo que lo sospechaba. Pero estaba como estás tú en este momento ; no quería creerlo...

— ¡ Ah ! exclamó el padre, — y á medida que hablaba, su voz acusaba el aumento de la cólera que poco á poco se exaltaba hasta el paroxismo. — ¡ Ah, eso pasaba en mi casa mientras que su madre y yo teníamos en ellos esta confianza que hubieran debido respetar, ella sobre todo !... Ella es peor que él. Una falsificación y un robo, no son más que acciones abominables, que duran un instante. No son como esa mentira continua, esa hipocresía cotidiana que ella ha tenido que emplear. Sí, ha sido preciso que nos mintiese todos los días, todas las horas, durante semanas enteras. ¡ Y la desgraciada venía á abrazarme y á abrazar á su madre después de esas citas con !... No. ¡ Eso es muy horrible !... Ayer mismo, cuando la acompañé á su clase, le hablé de esta última lección que le he corregido. Ella me escuchaba con atención, y parecía pensar sólo en su examen. Yo así lo creía. ¡ Y decir que la quería tanto !... Precisamente, el otro día le decía yo á tu madre : Quiere bastarse á sí misma... ¡ Y mientras tanto, ella nos deshonraba ! Ni la pena que me causaría ni la que causaría á su madre si llegábamos á saber su falta, ni el afecto que le hemos demostrado, ni el respeto de nuestro nombre, nada la ha retenido. ¿ Y por quién ?... ¿ Qué prendas tiene ese ladrón de honor ? Ninguna, más que ser noble y tener caballos. ¡ Si es eso lo que la ha seducido. ¡ Ah ! es abominable !... No la quiero ver más, á ella tampoco. No... No... Que no venga aquí cuando se haya curado. La echaría de casa, como he echado á Antonio... Prohibiré á tu madre que la vea, y á ti también ¿ lo oyes ? Puesto que le gusta el lodo, que se enfangue en él. Dime, hijo mío Juan, ¿ he merecido que esos hijos por quienes he trabajado tanto, sin darles jamás un mal ejemplo, sean, él un falsario, y ella una bribona ? ¿ Me has visto jamás faltar á las obligaciones de mi profesión ? Cuando me privaba de todo, de un coche para ir al liceo y para volver en el mal tiempo de invierno ; de ir á acostarme cuando tenía temas que

corregir; del Teatro Francés que me gusta tanto; de algún libro raro en el muelle; de una pipa de tabaco á veces, me decía : Mis hijos me ven, y me pagarán ciento por uno aprendiendo á privarse de lujo, á vivir de su trabajo como su padre... Y salían de aquí para ir, él á comer el dinero robado, tomando un nombre falso — ¡ y qué nombre! — con una bribona, y ella á entregarse á un amante á quien recibíamos como amigo tuyo, á quien estrechaba yo la mano delante de ella, y á quien tu madre recibía con atención. Yo no tenía en la vida otra cosa que mi mujer y mis hijos, y ya he perdido dos ¡ y cómo! Mejor sería verlos enterrados... ¡ Ay hijo, mi querido hijo, qué desgraciado soy!... Se retorció los brazos un minuto, juntando sus arrugadas manos de hombre honrado, en ademán de desesperación. Su cara enjuta se dilató de repente en una expresión de feroz energía y dijo : Los he perdido. Sea. Me quedáis tú y Gaspar; trabajaré para vosotros dos. Después, sin sospechar los recuerdos que estas palabras despertaban en aquel á quien iban dirigidas añadió : Seréis mis consoladores... Y el pliegue profesoral es tan fuerte, que en este segundo de una tensión casi sobrehumana para contenerse y no dar á su hijo el espectáculo de su debilidad, el viejo literato tomó su resolución de no quejarse en dos palabras tomadas de un autor antiguo, citadas sin gemir y casi en voz baja : « Δουλεία στενόντων... »

Esta « esclavitud de los que lloran » que el universitario condenaba en sí mismo con esta fórmula tomada de un discípulo de Zenón, Juan tampoco la había aceptado al escuchar en esta voz del padre el rugido de un dolor que su cariño filial no hubiera soportado otras veces. Es que los acontecimientos de estos últimos días le habían virilizado obligándole á obrar, á interrumpir

el eterno soliloquio interior donde se afinaba y paralizaba su sensibilidad. Es que también acababa de entrar con su padre en un camino de verdad en el cual nadie se para. Es una invencible necesidad para el alma, cuando se ha puesto frente á frente de otra alma, en una relación real, no admitir ya los equívocos y sacudir la incertidumbre y los términos medios. Y luego, si Juan amaba á su padre con acendrado afecto, quería también entrañablemente á su hermana Julia. En esta semana, y sobre todo en esta noche, acababa de reconocer las cualidades de esta naturaleza poco juiciosa pero sincera, extraviada pero generosa, impulsiva pero abandonada y privada del apoyo que la hubiese preservado. ¿Cómo habría dejado de protestar contra esta sentencia sin apelación por la cual la condenaba su padre en el primer impulso de la terrible revelación, siendo así que el pobre hombre, tan injusto á fuerza de ceguedad como débil había sido antes, tenía su parte de responsabilidad en las faltas de su hijo mayor y sobre todo de su hija? Y sin medir el alcance de su respuesta, tan instintivamente como se hubiera precipitado para desviar el arma fatal, si se hubiese encontrado allí cuando el suicidio de su hermana, Juan exclamó :

— No hables así, padre mío. No digas que has perdido dos de tus hijos, ella sobre todo. No digas que la echarás de casa, que no la quieres ver más, que la dejarás abandonada... Ni siquiera á él... No tienes ese derecho. Eres su padre. Aunque fueran más culpables todavía deberías sostenerlos y no arrojarlos, á él á todos los azares de París, á otros robos ó cosa peor, y á ella á la desesperación, ó quizá... No, no puedes querer eso sinceramente, y apelo á tu gran corazón, padre mío. Te lo juro, añadió con acento profundo y firme, pero ba-

jando los ojos, tan graves eran las palabras que se atrevía á proferir : eso no es justo.

— ¿ Que no es justo ?... repitió el profesor con más violencia todavía. En efecto, no soy justo... Si lo fuera, hubiera dicho á Berthier que no tuviese consideración á Antonio y que le denunciase al juzgado. Todos los días están condenando á pobres diablos que no han recibido instrucción, que no han visto más que malos ejemplos, y que no han hecho lo que él que ha recibido buenas lecciones... ¿ Que no es justo?... Cuando estábamos en Versalles despedimos en el acto á una criada que había cometido la misma falta que tu hermana, y se marchó llorando para ir el hospital á dar á luz. Entonces nos pareció eso justo, porque recibía á su amante en nuestra casa, sin saberlo nosotros... Y era una pobre huérfana, que no tenía nada en la vida, á quien había dicho su amante las únicas palabras de afecto que hasta entonces habria oído. ¡ Pero Julia, qué muestras de afecto no ha recibido de nosotros ! ¡ Qué cuidados y qué protección no le hemos prodigado !...

— ¿ Estás seguro de eso ? interrumpió Juan ; y como su padre asombrado por esta interrupción le preguntase : ¿ Qué quieres decir ? — Quiero decir, continuó el joven, que has creído protegerla, como has creído proteger á Antonio... Tú no tienes la culpa, padre; pero ahora reconoces que no habías visto claro en sus caracteres, puesto que no los creías, ni á él ni á ella, capaces de lo que han hecho... Su única excusa, pero al fin es una, es que han estado expuestos á peligros, contra los cualos nadie los ha protegido, ni tú siquiera, porque no los veías, porque no podías verlos... Toda la familia ha sido cómplice... Somos todos, tú el primero, alienígenas, adventicios, sin relaciones ni amigos... Esto no depende de ti. Antonio, siendo pobre, se ha educado en el liceo al lado de jóvenes ricos. Desde chico se ha rozado con el lujo y los placeres, que han hecho tanto más mella en él cuanto mayor era el contraste con nuestra pobre existencia. Ha tomado el libertinaje por la vida distinguida y el odioso lujo de una cortesana por la aristocracia. Julia ha leído muy pronto muchos libros que han despertado en ella apetitos de emoción, haciéndola mirar con desprecio la carrera de maestra á que la destinabas. Se encontraban entre dos mundos, el plebeyo donde se trabaja, sufriendo mil privaciones, y el burgués donde se vive á sus anchas y se goza. La verdad es que han sufrido una terrible tentación. Por Dios, padre, antes de condenarlos sin remisión, repasa con la imaginación la historia de su carácter, y no los juzgues hasta después...

— ¿ Y tú y yo ? replicó el padre. ¿ No hemos estado en la misma situación exactamente ? Todas las familias democráticas que se hacen una posición, como es natural, por el mérito individual de uno de sus miembros, ¿ no se encuentran también entre esos dos mundos de que hablas ? Precisamente porque han salido del pueblo, debían de haber tenido por su padre que los ha hecho burgueses, en lugar de ser plebeyos, todo el reconocimiento que merece. En lugar de eso han deshonrado mis canas· Si su infancia fuese conocida, nuestra deshonra sería mayor. ¡ El hijo de un universitario republicano, falsario y ladrón ! ¡ La hija, seducida é intentando asesinar á su seductor ! ¡ Qué ganga para nuestros enemigos ! Tampoco han pensado en esta consecuencia los que saben lo mucho que amo á la admirable corporación á que pertenezco. ¿ Y quieres

que sea indulgente con ellos y que comprenda su falta? Si no he visto esos peligros de que hablas, es porque no he concebido que mis hijos fuesen culpables de semejante villanía, es verdad... ¿ Pero qué prueba eso sino que su crimen es abominable? Un ser humano es una razón, una conciencia y una voluntad. La razón les dice á todos cuál es su deber, la conciencia les advierte si cumplen ó no con él, la voluntad sirve para hacerle ó no. Lo demás son palabras inventadas por filósofos de decadencia para embrollar lo que es sencillo. Esas ideas son buenas para casuístas y jesuítas. Tú buscas excusas en tu hermano y en tu hermana porque eres bueno. Pero no tienen ninguna, ni yo les concedo ninguna, ninguna, ninguna...

— No se trata de la Universidad, ni de la República, ni de los jesuítas, replicó Juan. Se trata de una gran ley social que sería verdadera aunque estuviésemos en 1860, bajo el Imperio, en lugar de estar en 1900 y aunque tú fueras ingeniero de caminos ó recaudador en vez de ser profesor. Aunque la Compañía de Jesús no hubiera existido jamás, esta ley no sería menos verdadera: no se cambia de situación y de clase sin que se manifiesten profundas perturbaciones en todo el ser, y nosotros hemos cambiado de situación y de clase, lo cual es un hecho, puesto que el abuelo Monnerón murió siendo campesino, y tú lo has sido hasta los diez años... Tú me respondes : « ¿ Y tú y yo?... » Tú y yo somos dos seres que amamos con pasión las ideas y no hemos conocido las tentaciones del lujo, como Antonio, ni las de las emociones, como Julia. Es una dicha, pero no es un mérito... Si no hubiéramos amado esas ideas, si nuestra naturaleza se hubiera inclinado hacia los placeres físicos, como la de Antonio, ó hacia las impresiones sentimentales, como la de Julia, ¿no sientes que

esta misma fiebre plebeya que hemos tenido y tenemos todavía por nuestras ideas, la tendríamos en nuestros deseos? Sí. Todavía estamos muy cerca del pueblo. No hemos estado bastante preparados para ser lo que somos... Dices que han tenido la razón para dirigirse, y la conciencia. ¿ Crees realmente que sean frenos bien eficaces? ¿ La razón? Pero la razón no es una doctrina; no es más que el desarrollo del sentido crítico. ¿ Una vez disparado el sentido crítico, adónde irá á parar? Días pasados, he hablado con Antonio y con Julia, y en ambos he encontrado el mismo estado de espíritu, la duda absoluta, fundamental, sobre todos los principios, sobre el bien y el mal, sobre el deber y el crimen, y no he tenido nada que responderles. Por la razón todo se justifica y se destruye, puesto que todo se discute, desde que el mundo es mundo, con argumentos de esa fuerza...

— ¿Á dónde quieres venir á parar al enunciar esos sofismas? preguntó el padre con severidad singular. Ya hace algún tiempo que he creído notar en tus palabras la traza de sentimientos que me sorprenden. Cualquiera diría que tienes reproches que echarme en cara sobre la educación que os he dado...

— ¡ Por Dios, padre!... exclamó el joven.

— El otro día, continuó José Monnerón con tono áspero, cuando te hablaba de la solidaridad como gran regla de la moral, me respondiste : ¿ En nombre de qué? Hoy, cuando me ves desesperado por lo que acabo de saber sobre tu hermano y tu hermana, te pones á defenderlos, no apelando á mi piedad, lo cual admitiría, sino insinuando que no les he dado con qué gobernarse en la vida, que la razón no basta... Explícate con claridad. ¿Acaso me echas en cara haberos educado libremente, evitándoos las luchas morales

que yo he sostenido para libertar mi pensamiento? ¿Me vas á hacer responsable de las aberraciones de conciencia de esos dos desgraciados, porque no los he hecho católicos, por ejemplo, no siéndolo yo mismo; cuando considero á todas las religiones, á ésta sobre todo, como ilusiones é imposturas? Si es eso lo que piensas, dilo claramente... Si no, no trates de interponerte entre ellos y mi indignación. Ó son ellos los culpables y la han merecido, ó soy yo... Pero entonces, atrévete á decirlo cara á cara á tu padre...

—¡Ah, padre mío! repuso Juan ¿Con qué derecho podría yo juzgarte ni hacerte responsable de semejantes vergüenzas, á tí á quien respeto y venero?... No, tú no eres culpable de no haberles dado creencias que no tienes. Has creído obrar bien no dándoles esas creencias... No has tenido necesidad de la vida religiosa para ser hombre honrado. Has creído que no necesitabas tener una fe, ó mejor dicho, has tenido y tienes una, puesto que crees en la Justicia, como se cree en una revelación. Has pensado que ésa nos bastaría... Todo lo que me permito pedirte es que te persuadas de que, no habiendo tenido esta fe que te sostenía, ellos han carecido de ella. Otra acaso más humilde los hubiera ayudado, á Julia sobre todo, que tenía el corazón débil y tierno, que estaba tan poco hecha para esta atmósfera de negación en que se ha ahogado... La Justicia es una idea, una abstracción... Les hacía falta...Se quedó pensativo un instante, y después, como su padre le mirase con un imperioso desafío en los ojos, como para obligarle á acabar, tuvo el valor de añadir : Sí, les hacía falta Dios...

Hubo un profundo silencio entre el padre y el hijo. Éste permanecía asustado de las palabras que había pronunciado. Tenía miedo de que al hablar así hubiese

producido un efecto enteramente opuesto al que había deseado. La cara del profesor se había fruncido más todavía. Sus ojos habían despedido un relámpago más agudo. Pero, contra lo que esperaba su interlocutor, la voz del padre, cuando se decidió á responder, era más tranquila, ó por lo menos más mesurada. Esta conversación le causaba profunda pena y quería terminarla con detalles precisos que no permitiesen más discusión :

— Te he dicho muchas veces, replicó, que si no os he bautizado, era por respeto á vuestra conciencia, á fin de que fueseis dueños, á la edad conveniente, de escoger vuestro *credo* con toda independencia. De tu manera de hablar he deducido que has intentado escoger uno que no es el mío. Acaso le hayas ya escogido. De aquí deduzco que nada se oponía á que Antonio y Julia hubiesen escogido el mismo. Su nihilismo, puesto que pretendes que han sacado el nihilismo de ideas de donde yo he sacado todo lo contrario, su nihilismo, pues, no es una excusa de sus faltas. Esas faltas no tienen excusa, te repito, y espero que será la última vez que hablemos de eso. Haré por ellos lo que me ordene mi conciencia. Julia es una mujer, y dentro de poco incapaz de ganar su vida. Le pasaré una pensión durante un año, después se arreglará como pueda. En cuanto á Antonio, no le daré nada. Es un hombre de edad robusta y vigurosa; que trabaje ó que siente plaza. El oficio de soldado es todo lo grosero y estúpido que le conviene. Obedecerá como un bruto, puesto que no ha sabido gobernarse como hombre... Desde ahora está tomada mi resolución. Queda un punto que ventilar, el referente á la cantidad que había robado y que ha restituído á Berthier : cinco mil francos. Ha dicho que esos cinco mil francos eran los ahorros de lo que había

ganado en las carreras. Quisiera estar cierto de eso y no pensar en que ha abusado de mi nombre para pedirlos prestados. Te pido que trates de averiguarlo.

— No tengo necesidad de dar ningún paso, dijo el joven, puesto que lo sé. Los ha pedido prestados...

— ¿Á quién?

— Á Rumesnil.

— A..... El nombre del seductor de su hija quedó pegado en la boca del padre, el cual se dominó de nuevo con mayor esfuerzo.

— Está bien.... Antes de esta noche se le devolverán.... Demasiado es que se los hayamos debido un solo día á ese infame.

— Ya están devueltos desde ayer, respondió Juan.

— ¿Por quién? preguntó el padre.

— Por mí. Lo que tú piensas, ya lo había pensado yo, y lo que sientes, lo había sentido aun antes de saber la verdad.

— ¡Ah! noble hijo, exclamó el padre. ¿Pero cómo has conseguido esos cinco mil francos? Más de la mitad de mi sueldo....

— Yo mismo los he pedido prestados, respondió el hijo poniéndose encarnado. El nombre que iba á articular le quemaba de antemano los labios; pero no podía mentir y le pronunció : al señor Ferrand.

— ¿Á Víctor Ferrand? exclamó José Monnerón. Y la ternura que había humedecido sus ojos para dar gracias á su hijo por no haber consentido que debiesen nada á Rumesnil, se trocó en inexplicable dolor. ¿Á Víctor Ferrand? volvió á repetir. ¿Tú has hecho eso, tú, hijo mío? ¿Has ido á vender nuestros secretos de familia á ese enemigo de todo lo que creo y de todo lo que amo?...

— Pero no le he dicho el motivo de mi petición ni él

me ha hecho ninguna pregunta... ¡Se ha mostrado tan generoso y tan bueno!

— No ha tenido necesidad de preguntarte, replicó el padre, todo lo ha adivinado. Bien sabe él que tú no irías á pedirle dinero para mí, porque me conoce, — ni para ti, que te conoce. No podía ser sino para tu hermano; y una cantidad semejante cuyo empleo no es fácil explicar, ¿á qué se la puede destinar cuando se pide de esa manera, sino para hacer una restitución? Ferrand ha comprendido que uno de mis hijos ha robado... ¡Ah, qué contento debe de estar! ¡Cómo debe compadecer á su antiguo camarada, y sacar de eso una prueba de que sus ideas son verdaderas!... ¿Sus ideas?... Ahora comprendo por qué me has hablado así hace un momento. Veo que su influencia te ha catequizado. Por eso sin duda has pensado en dirigirte á él en un momento de crisis en vez de acudir á mí... Me ha robado mi hijo... Era el último golpe que podía recibir. También me he quedado sin ti... Ya no me queda más que el pequeño. Pero á éste le defenderé. ¡Qué razón tenía cuando me oponía á que estudiases filosofía con ese hombre! Verdad es que si te dejé estudiar con él era porque venías á mi liceo y así podíamos ir juntos todas las mañanas. Sí, ese es el motivo. ¡Te he amado tanto, Juan! ¡Me he recreado tanto en ti! ¡He tenido tanto gozo en formar tu inteligencia!... ¡Y él me ha dejado sin hijo!... Pero yo se lo diré, y sabrá lo que pienso de ese trabajo de soborno que ha usado contigo... Ante todo es preciso que le devuelva ese dinero. Tanto horror me causa debérselo á él como al otro. Hoy mismo lo tendrá... ¿Pero cómo has podido hacer eso? ¿Cómo no has comprendido que esa era la última puerta á que debías llamar?...

Juan escuchaba esta queja con tal consternación, que no se atrevía á defenderse. Ya hacía tiempo que había notado que el profesor jacobino tenía profunda antipatía al profesor católico. Jamás había medido esa profundidad ni comprendido que entre los dos camaradas de la Escuela Normal existiese uno de esos extraños sentimientos que son la reminiscencia dolorosa y apasionada de ciertas amistades de la juventud. Hay personas que no se vuelven á ver después de haber vivido en estrecha amistad durante muchos años, y cada cual ha tirado por su camino en tan opuestas direcciones, que nadie diría que habían sido tan amigos antes. Esto no obstante, el uno y el otro se siguen á través de la existencia con tal interés, que el menos afortunado padece un sufrimiento secreto. El fondo mismo de la persona está comprometido en esta especie de competencia que se establece entre el uno y el otro, al comparar entre sí sus desgracias y sus éxitos. Este carácter de la triste pasión de la envidia jamás ha sido bien estudiado. Los que la inspiran cifran su orgullo en no saberlo, y los que la experimentan no quieren confesarlo. Si se le hubiese dicho á José Monnerón que aborrecía al amigo de otro tiempo con quien había discutido tantas veces en el curso de sus estudios, de seguro se hubiera sublevado de indignación. Sin embargo, esta violenta aversión no era otra cosa que odio. Felizmente para el joven, á quien había causado mucha pena esta observación, la llegada de su madre puso fin al coloquio. ¿Habría podido soportar oir á su padre esos sentimientos muy naturales, muy explicables por la debilidad del corazón humano y aun muy justificables por la oposición radical de principios y de formas de la inteligencia? Pero esta prueba no la llegó á sufrir el enamorado de Brígida, y estaba ya acostumbrado á la otra, la que le representaba hacía muchos años la vulgaridad de su madre:

— Vengo del establecimiento de las Agustinas, comenzó diciendo la mujer del profesor. ¡De buena se ha librado Julia!... ¡Pero eso no será nada!... Si no tuviera la manía de correr las calles como un perro flaco, no se habría encontrado allí — en el boulevard Montparnase ¡qué ocurrencia! — cuando disparó su arma el loco escapado de Santa Ana... ¡Qué pena va á tener el pobre Gaspar cuando le cuente todo eso, él que tiene tan buen corazón!... Y al mismo tiempo miraba al hijo á quien no amaba, al hacer el elogio del colegial que era su ídolo. Hoy es día de asueto; pero no le podré ver hasta muy tarde en el locutorio. Y esta vez miró á su marido, y en seguida volvió á mirar á Juan. Mucho sintió tener que hablar delante de éste de Antonio, de su hijo mayor, del que tuvo que decir cosas tan vergonzosas! Lanzó un ¡Ay pobre de mí!... donde todo el país de su juventud estaba retratado en la mímica y el acento, y se retiró á su cuarto, mientras que el profesor decía á su hijo:

— La infeliz no sospecha la verdad sobre su desgraciada hija. Cuanto más tarde la sepa, mejor. Bastante desesperada está con lo de Antonio... ¡Ella sí que tiene buen corazón!... ¡Ah, si hubiéramos podido ocultárselo todo!...